

9-8-2020

Estatuas y excrementos

Francisco Martín Cabrero

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Cabrero, Francisco Martín. . Estatuas y excrementos. *Revista Surco Sur*, Vol. 10: Iss. 13, 45-47.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.10.13.16>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol10/iss13/18>

This CRITERIO ATENTO is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

Francisco Martín Cabrero

ESTATUAS Y EXCREMENTOS

Primero fueron los dioses y más tarde tocó a los héroes. Y no es que fuera algo que acontecía a ciudad ya terminada, sino que la misma idea y praxis de ciudad crecía alrededor de un oscuro deseo estatuario. Primero los dioses y luego los héroes, o tal vez todo junto a la vez, a la par dando vida a una misma demanda ciudadana de protección y de reconocimiento. O tal vez los héroes vinieron después, casi como humano contrapunto a lo divino, o para mediar entre lo temporal y lo eterno de la guerra de los mundos. O tal vez no y fueron los dioses que surgieron luego del culto de los héroes, una recompensa al valor de sus hazañas, acaso luego convertidas en virtudes cívicas.

Y luego, perdida la memoria de sus orígenes míticos, fue ya sin más la ciudad llena de estatuas: las de los dioses en los templos o en los museos y las de los héroes en las plazas y calles más principales. Las de los dioses confinadas en los espacios dispensados a la reducción de lo sagrado o en los del culto secularizado de las masas al pasado. Las de los héroes en general olvidadas y cubiertas de excrementos de pichones que sólo esperan la hora risueña en que las viejecitas del barrio les llevan migas de pan y restos de comida. Mi infancia son recuerdos de una estatua cagada en una plaza solitaria y un balón que rebotaba sin respeto en aquel pasado lejano, sucio, maloliente, tan familiar cuan desconocido. Allí me robaron el primer beso, sin saber aún quién era, espada en mano y gesto altivo, aquel héroe de incuria mancillado de la estatua.

Y es que la ciudad vive también en la desmemoria de sus estatuas, o en su cotidiano olvido, pasando a su lado sin hacer caso, en el ajeteo de ir siempre a otra cosa y sin reparar nunca —o casi— en los motivos del pedestal que las encumbra. Los hay para todos los gustos: próceres de la patria, orgullos de antaño, poetas malditos en su tiempo y muy celebrados después, santos, pintores, navegantes, descubridores de tierras y mares ignotos, fundadores de estados y ciudades, conquistadores victoriosos, prohombres de la ciencia y la cultura, inventores, músicos, filósofos, alguna que otra mujer, en general pocas, militares, esos siempre demasiados, con caballos y sin ellos, o con banderas que buscan fijar el viento en un estereotipo de piedra. Ahí quedan todos igualados en el justo reparto de los excrementos que les caen del cielo, todos más o menos olvidados, algunos con un día señalado en que a sus pies se hacen discursos y se ponen flores, que luego se secan enseguida, las flores, que las palabras ya estaban secas, vacías, hinchadas de puro huecas.

Vive la ciudad en general de espaldas a sus estatuas, símbolos de un pasado heredado que sin más se acepta mientras no molesta. Pero el caso es que a veces molesta. A veces uno pasa debajo de una estatua y siente extrañeza, distancia, algo que ya no permite el fácil reconocimiento. De indiferente la estatua se nos hace ajena.



Foto tomada de *El Confidencial*



Foto tomada de *Minnesota Reporter*

No es lo mismo conocer la historia que reconocerse en ella. Y a veces la historia implosiona y lo hace por donde menos uno se lo espera. ¿Cervantes racista? Pues tampoco, claro está. Y no se añada más, ni se diga que o se invite a la lectura de... Inútil blablablá. Hay algo que no puede explicarse y quien crea que la democracia consiste también en negociar con la ignorancia y el desconocimiento va por mal camino. O ya se salió de cualesquiera caminos y marcha derecho al precipicio. Digámonoslo claro: no eran ignorantes quienes escribieron racista en la estatua de Cervantes del Parque de San Francisco, en California. O si lo eran poco importa, porque no es eso lo que de veras cuenta, lo que de veras debería ahora interesarnos. Importa el color de la tinta, roja como la sangre roja, y los acentos y matices de un gesto contra un legado acaso mal explicado y no sólo mal entendido. Ahora ya es tarde: Colón genocida y Cervantes racista. Y lo demás no importa.

No es falta de conocimiento, aunque también lo sea o pueda serlo, sino una clara manifestación de falta -ausencia o déficit- de reconocimiento. La historia monumental de la ciudad ha dejado de corresponderse con la articulación de la varia sensibilidad ciudadana. O una sensibilidad nueva aflora ahora y da muestras de un malestar –social, cultural, político– que hunde sus raíces en la historia. En la historia como expresión o relato impuesto sobre un pasado conflictivo e irresuelto. Tal vez sobre todo irresuelto. Y hay heridas que parecían bien cicatrizadas que se reabren y gritan y nos traen al presente sufrimientos más o menos remotos e injusticias olvidadas en algún capítulo de aquella historia aburrida de horas interminables que nos enseñaron en la escuela. Y el error es pensar que no son nuestros los dolores del pasado y que podemos responder desde el simple conocimiento.

No se trata sólo de cambiar la historia, sino de reconocerse en una nueva. Una nueva historia en la que puedan caber todos, en la que todos podamos reconocernos en los símbolos del pasado a cuyo través la ciudad busca –debe buscar– abrirse paso hacia el futuro. Esa es la tarea, y es inútil esconderse detrás del dedo que señala la barbarie civilizatoria: la ciudad se levanta sobre injusticias seculares que ya no pueden cambiarse o corregirse, que entonces tal vez no eran tales y ahora nos lo parecen y nos hieren. Hieren nuestra memoria y el valor de un legado que debe ser justamente entendido. Igual que debe ser entendido y rescatado en su justo valor todo lo que quedó sepultado. Todo debe interpelarnos. Todo, y no sólo lo que hoy más nos gusta o lo que más se acerca a lo que somos o creemos ser o nos gustaría que fuéramos. Debe hacerlo porque es tarea de la ciudad del presente encontrarse siempre en el pasado. O encontrar entre los hechos la forma más propia de su

propio pasado. Y ello porque la ciudad de los hombres libres e iguales no puede quedar prisionera de ninguna historia ni de ningún pasado, cierto, claro está, pero tampoco puede hacer tabla rasa y pretender desconocerlo todo en aras de un nuevo –y tal vez ilusorio o simplemente falaz– reconocimiento.

Reconocerse es encajar en la verdad de unos hechos a los que se ha dado forma histórica. Llegar a sentir esa historia como propia. En su fondo y en su forma. Poéticamente habita el hombre sobre la tierra, en efecto, y más aún, si cabe, en lo que hace a la ciudad. Porque la verdad es *alétheia*, es decir: un proceso de desvelamiento permanente cuyo acontecimiento requiere de una lógica y de una poética para poder ser cabal y cordialmente comprendido. Las formas fijas se refieren sólo a un momento del proceso de construcción de sentido que es siempre la ciudad cambiante de los hombres siempre cambiantes. Y el sentido no puede ser sino abierto, algo que está siempre un paso más allá de donde con el saber llegamos.

Hay estatuas que ofenden, sin duda, que han llegado ya o pueden llegar a ofender a la nueva sensibilidad que se apresta ya a conducir el gobierno de la ciudad. Y en ese caso se hace necesario removerlas, sacarlas. No importa si se trata de muchos o de pocos, importa saber reconocerse en la ofensa aunque no nos toque directamente. Toca a la ciudad y a la varia conjugación de su sentido cívico. Pero no nos engañemos: también hay una ofensa a la ciudad cuando se derriba una estatua o cuando se la vandaliza. Porque el peligro es derribar la estatua sin deconstruir la lógica y la poética del pedestal que la encumbraba. La ciudad de los hombres que buscan ser libres e iguales tiene que tener reglas que sean cauces eficaces para el cambio. Para el cambio de las estatuas o de las mismas reglas de la cívica convivencia. De todo. Así que tal vez mejor seguir ese camino de respeto, o de respetos, no de ningún pasado ni de ninguna historia, de unos o de otros, sino de las virtudes

cívicas de un presente que apuesta hacia el futuro desde la convergencia de todos sus legados.

Quitemos las estatuas si son un problema. O dejémoslas cubiertas de excrementos que el sol ha de secar y sólo la lluvia a su tiempo lava. Convengamos que no son las estatuas lo que importa, sino los valores que la ciudad es capaz de expresar y promover a través de sus símbolos. O sin ellos. Es un gusto poder pensar la ciudad con las puertas abiertas de par en par, con signos de reconocimiento comunes, y otros que no lo son o lo son sólo de unos pocos, o muchos, pero que lo son –deben serlo– en el respeto de los demás grupos y personas, como contribución y ensanche de lo sagrado que encierra lo cívico común. De las estatuas quizá sean los excrementos que las manchan los que mejor expresan el sentido y la consideración que la ciudad debe al pasado: glorias emporcadas y brillos apagados.

¿Bastará con cambiar las estatuas? ¿La Valdivia con la de Lautaro? De seguro que no, pero tal vez podamos depositar alguna esperanza en los pichones que impertérritos a nuestros afanes las seguirán ensuciando.

Estatua de Lautaro en el cerro Santa Sofía, Chile

